

En su última novela, *El amor brujo*, donde el elemento realista predominaba sobre el expresionista, Arlt se introducía en capas más altas de la clase media, mostrando los tabúes sexuales y la hipocresía moralista.

La sexualidad estaba siempre presente en las novelas de Arlt, igual que en las de Döblin, y resulta de interés sociológico los matices del comportamiento de la clase media baja y la clase media alta que muestran estas novelas. Una escena de *Los lanzallamas* presentaba el aspecto triste del sexo en cuerpos cansados y mentes preocupadas. En un cuartucho oscuro, una mujer dejaba la sartén y se acostaba indiferente con su marido, para volver a tomarla y seguir friendo.

En *El amor brujo*, en cambio, la escena se ubicaba en la sala pequeñoburguesa, donde la novia masturbaba al protagonista en el sofá cerca del piano y del retrato del padre, un teniente coronel.

Ambas escenas reiteraban esa sexualidad mecánica, lejos del placer, que la sociedad paternalista y el autor como fiel retratista de la misma, discernían para la mujer.

Arlt no era un escritor estrictamente social pero expresó las frustraciones económicas y los tabúes sexuales de la clase media porteña de aquellos años. Sus ideas políticas fueron confusas y cercanas a cierto anarquismo. Lo seducía la figura del anarquista Severino Di Giovanni a cuyo fusilamiento asistió. Si bien luego se aproximó a la izquierda leninista nunca estuvo cómodo con ella y fue atacado por alguno de sus miembros.

Aunque no fue un escritor realista, sus fantasías eran, en un estrato profundo, más reales que su apariencia. Supo intuir algunos fenómenos políticos que entonces estaban todavía en germen. En esa estrambótica revolución social de alucinados liderada por el Astrólogo donde se confundían, en forma inextricable, la realidad con el delirio, podía encontrarse una premonición de algunas actitudes de cierta mentalidad política.

Con la distancia, la lectura actual evidencia un aire de lo conocido en la extrañeza de esa revolución que no se sabía bien si sería bolchevique o fascista, donde no faltaba la mezcla con el golpe militar, las sectas ocultistas, los pistoleros anarquistas. Esa revolución no la harían los obreros, de quienes apenas se hablaba, sino sectas mesiánicas de marginales, artistas fracasados, asesinos, ladrones, rufianes, fraudulentos, prostitutas, ex hombres, lúmpenes.

El contexto político de la época mostraban que no era pura fantasía la búsqueda del futuro dictador, soberbio, inexorable, que dominaría a

las multitudes y cuyo modelo podía ser tanto Lenin como Mussolini, o también Henry Ford y hasta un poco Al Capone.

Esos «metafísicos del terror» como los llamara Hans Magnus Enzensberger, existieron con distintas características, en distintas épocas y en distintas sociedades. Eran los nihilistas de San Petesburgo, que Arlt conociera a través de *Los endemoniados*; la figura de Stavroguin fue un antecedente del Astrólogo.

Esos personajes reaparecerían durante la República de Weimar, en los años cuando Arlt escribía *Los lanzallamas*. Eran esos grupos febriles, nacionalbolcheviques que intentaban la síntesis entre el nacionalsocialismo y el comunismo. La extrema izquierda se mezclaba indiscriminadamente con la extrema derecha, proclamando una revolución reaccionaria o una reacción revolucionaria que podía definirse como fascismo de izquierda.

En un aguafuerte político de 1938, Arlt se ocupó de un círculo conspirativo de estas características: la Guardia de Hierro rumana a la que comparó con los personajes de *Los endemoniados*.

Medio siglo después se repetirían esas locas aventuras, en la propia ciudad de Arlt, con las guerrillas urbanas de los años setenta donde se mezclaban el populismo peronista y el nacionalismo católico con el fanonismo, el guevarismo o el maoísmo.

Había, por lo tanto, un realismo premonitorio, subyacente en las fantasías de Arlt. Las situaciones más raras y los personajes más estrafalarios eran, sin embargo, tan verosímiles que se ha hecho común, entre los porteños, referirse a alguien como «un personaje de Arlt». Por otra parte, la adjetivación del apellido, «artliano» es una prueba de su identificación de individuos reales con esos personajes. Todos nos hemos encontrado, alguna vez, en las calles de Buenos Aires, con alguno de los siete locos.

José López Rega, el mayordomo de Perón, también astrólogo, que llegó a tener el sumo poder de la nación durante unos meses de 1974, era un personaje artliano. Sólo que si Arlt hubiera imaginado al Astrólogo tomando efectivamente el poder, su novela se habría frustrado. La realidad puede darse el lujo de no obedecer ciertas reglas de coherencia que exige la novela.

No soy crítico literario sino un ensayista con predilección por la sociología urbana y la vida cotidiana. Me interesa, entonces, comparar la ciudad de Buenos Aires en la época de Arlt con la de hoy, tan distinta de aquélla y, sin embargo, tan artliana como entonces.

Condiciones extraordinariamente favorables del mercado mundial permitieron que la Argentina, desde 1880, fuera uno de los países más

ricos y con mayor crecimiento del mundo. Esta situación permitió la conjunción –no sin fuertes contradicciones– entre la élite ilustrada y la masa de inmigrantes pobres, los padres de Arlt incluidos. Esta circunstancia dio origen a la clase media más extendida y culta de todo el continente de donde surgiría la nueva pléyade de escritores, Arlt incluido.

La insólita prosperidad parecía que iba a durar para siempre. Por eso Buenos Aires fue construída para el tiempo largo, para un futuro siempre promisorio. A pesar de su pesimismo proverbial, Arlt también creía en una fabulosa ciudad del futuro que era, en realidad, una ciudad de utopía futurista. En *Los lanzallamas* proyectaba, en sueños, superascielos, en cuyas terrazas caía el polvo de las estrellas, con subsuelos donde corrían triples redes de subterráneos, con altos hornos que dejaban escapar flechas de gas azul y reflectores que cruzaban el cielo.

En su última novela *El amor brujo*, su protagonista, el ingeniero Balder, soñaba con «realizar creaciones magníficas, edificios monumentales, obeliscos titánicos recorridos internamente por trenes eléctricos».

Tan breve resultó, sin embargo el apogeo argentino que su punto culminante se confundió con el comienzo de su declinación. El agotamiento del modelo agroexportador, pivote de la prosperidad, mostró sus primeros síntomas de agotamiento con la crisis mundial de 1929 y se derrumbó al término de la segunda guerra mundial.

Desde entonces el país perdió su rumbo, político y económico, social y cultural, hasta llegar al colapso del 2001 del que aún no hemos salido.

Sólo la ciudad de Buenos Aires quedó como testimonio de una época de esplendor, casi como una ruina histórica. Símbolo del momento de apogeo también lo fue de su decadencia. Había sido hecha para la eternidad pero su destino, entonces imprevisible, fue quedar inconclusa, como Manaus y su teatro de ópera en medio de la selva.

Una mirada sobre Buenos Aires muestra la magnitud de los cambios experimentados entre la primera mitad del siglo veinte, los tiempos de Arlt y el incipiente siglo veintiuno. La ciudad padeció un proceso de deterioro, al principio imperceptible y después acelerado; sus habitantes se acostumbraron a vivir de la nostalgia de un pasado de fugaz esplendor y soñar con el retorno de una edad dorada que nunca volvería. Mientras seguían engañándose con fantásticos sueños de grandeza, el país se iba degradando, encerrado en sí mismo, girando en el vacío, al margen del mundo y de la historia.

Sin embargo, aun cuando ya no existen los fundamentos de su riqueza, la ciudad sigue asombrando a los viajeros europeos. Cuando

Jürgen Habermas visitó Buenos Aires, ya muy venida a menos, en los años ochenta, la consideró todavía una *Weltstadt* (ciudad mundial).

¿Cómo vería hoy Arlt a Buenos Aires? Seguramente más parecida a la de *Blade Runner* que a la de *Metrópolis*. El escritor ya no podría vagabundear por sus calles y observar a su gente, pues aquéllas ya no predisponen a la *flânerie*. El auto ha reemplazado a los paseantes, la calzada a la vereda, la playa de estacionamiento al comercio, la autopista que aísla a la calle que congrega.

También Arlt se sentiría desamparado por la decadencia del café, esa otra forma de la sociabilidad urbana que tanto frecuentó y que fue un escenario habitual en sus relatos. El café era el lugar de descanso del *flâneur* y otro sitio, como la calle, para los encuentros imprevistos. Hoy los cafés han sido sustituidos por *fast foods* y los que quedan no predisponen a la conversación ni a la lectura ni ofrecen la calma necesaria para la distensión, perturbados por la música a altos decibeles o el televisor omnipresente, fijado en un solo y único programa: el partido de fútbol.

Todavía no ha aparecido un escritor que muestre a esta ciudad, tumultuosa y decadente. O quizás, como ocurriera con Roberto Arlt, ya existe pero no hemos todavía reparado en él.